

EL AMIGO DEL PUEBLO;

PERIODICO LITERARIO Y POLITICO.

(1.º SEMESTRE.) LIMA, SABADO 11 DE ABRIL DE 1840. (NUMERO 10.)

HIJIEVE.

REGLAS DE HIJIEVE RELATIVAS A LOS BAÑOS.

(Continuacion.)

Reglas comunes á todos los baños. Durante el tiempo de la digestion nunca se debe uno meter en ningun baño, porque las mas veces seria trastornarla. No obstante vemos que en Roma se usaron por cierto tiempo los baños muy calientes conforme á los consejos de un tal Posidonio con el fin de hacer la digestion, y de consiguiente facilitar la digestion de los alimentos de que estaba lleno el estómago; pero al cabo se abandonó esta práctica que fué combatida por Plinio: en el dia de hoy algunas personas toman un ligero alimento en el baño, lo cual no puede tener inconveniente á lo menos en muchos casos.

Una mujer mientras tenga sus reglas no debe nunca tomar un baño; esta menstruacion se suprime con facilidad, y en jeneral conocemos tan imperfectamente los alcances de los diferentes modificadores, que en todos casos es siempre prudente abstenerse de aquellos cuyo uso podemos diferir, mientras que dure el flujo menstrual.

Nunca se debe entrar en un baño cuando el cuerpo está en sudor: si este baño es caliente, ó siquiera tibio, le aumentaria demasadamente; y si es fresco, y con mas razon si es frio, la suprimiria de un golpe, lo que produciria un mal en uno y otro caso.

Jamas se debe uno meter subitamente en un baño si su temperatura no está moderada. Los Romanos tenian la precaucion de pasar por el tepidarium, y de estar en él algun tiempo antes de entrar en el baño caliente; y cuando salian de este, volvian á pasar por el tepidario, despues se detenian en otra sala donde respiraban un aire fresco y agradable antes de meterse en el baño frio. Los Ejiptios, antes de entrar en sus estufas, pasan por unos corredores, en los cuales la temperatura va creciendo por grados, á proporcion que se vá llegando á ellas: vuelven á pasar por estos corredores, cuando salen del baño, y vienen á enjugarse, hacerse manosear y perfumar á una pieza muy fresca en donde habian dejado antes sus vestidos. Con todo, es muy bueno observar q' somos mas sensibles al frio al salir de un baño tibio que al salir de un baño caliente. Los sabios ingleses que han hecho esperiencias en unas estufas muy calientes, no echaron de ver inmediatamente despues de su salida que el aire estaba frio; y Fordyce no sintió ninguna incomodidad cuando salió desnudo de un sitio donde el calor estaba á 54° centígrados, y fué á vestirse á un cuarto cuya atmósfera no estaba mas que á 6° 11 centígrados. Los Rusos y los Finlandeses no podrian echarse á rodar por la nieve cuando salen de un

baño tibio, como lo hacen cuando salen de sus ardiertes estufas.

Al salir de un baño es menester darse priesa á enjugarse; porque el agua que queda en la superficie del cuerpo se enfria en un instante ó parece fria á causa del calórico que se la roba para vaporizarse: este fenomeno es como el de las alcarrazas, del cual he hablado mas arriba. Siempre se debe uno enjugar con lienzos calientes ó telas de lana cuando se sale de un baño tibio; este requisito no es tan necesario cuando salimos de un baño caliente ó de un baño frio.

Antes de meterse en un baño que nos haya de causar una grande impresion sea de frio ó de calor, es muy prudente meter primero las manos y pasarlas mojadas por muchas partes del cuerpo. Algunos han aconsejado que despues de tomar estas precauciones se lancen de golpe en el baño frio, y la cabeza lo primero. Yo no hago mas que referir este consejo sin darlo, porque me parece que está fundado en unos motivos pueriles.

[Continuará.]

REFLECSIONES

SOBRE

LA VERDAD DESNUDA.

(Continuacion.)

Triste sobre manera y sumamente lastimoso es el cuadro que traza del estado politico de la América del Sud, D. A. J. Irisarri. *En el Perú, dice él, en Bolivia, en las Provincias Argentinas, en Centro América, en Méjico y particularmente en Chile, Perú y Bolivia, las palabras liberalidad, igualdad, respeto á la propiedad, justicia, humanidad, amor al orden no son mas en el hecho que intolerancia, despotismo, arbitrariedad, injusticia y atentados contra todas las garantias que se conocen en las sociedades bien establecidas. Nuestro estado es el peor de todos los posibles. Las palabras estan en contradiccion con las cosas, y los principios invocados son unos abusos dominantes. La tirania toma el nombre de libertad; la arbitrariedad el título de ley; el desenfreno se llama patriotismo; las mas viles pasiones se apellidan virtud, y los mayores errores se defienden como axiomas de politica.* [†]

No creemos deber observar la excesiva escasejacion de esta pintura. Cualquiera dirá:

Quodcumque ostendis mihi sic, incredulus odi. Mas, supongamos que asi sea: supongamos que en este inmenso territorio en que debia seguramente mejorarse la condicion de los hombres que lo habitan, despues de su mudanza de la

[†] Tenemos presente en este momento el artículo de D. A. J. Irisarri, titulado *A los progresistas de América*, que hace parte del núm. 6, del tomo I, de la *Verdad Desnuda*.

servidumbre á la libertad; su intelijencia no se hubiese aclarado; no se hubiesen desterrado de entre ellos muchas preocupaciones, y hecho comunes muchas verdades utiles; sus antiguos hábitos no se hubiesen corregido; sus disposiciones estendido á un número mayor de objetos interesantes para el cuerpo social; en una palabra, que la revolucion, y el curso del tiempo, y el mayor contacto con la Europa, y tantas lecciones, y tantos desengaños, y tanta esperiencia no les hubiesen sido de ningun provecho; y que en lugar de ofrecer la imagen de un inmenso pueblo, apenas naciente en su estado de pueblo libre, en poder y al arbitrio de todas las dificultades, peligros y males que pueden rodear la cuna de la libertad; no ofrezcan mas que el espectáculo horroroso de todos los vicios sociales, y de todos los crímenes que apenas pueden hallar cabida en el espíritu de un orate, ó en la imaginacion de un misantropo: en esta suposicion, en un caso tan estremadamente desdichado ¿de que utilidad podran ser á tales hombres los discursos de un escritor, aunque fuese el mas docto y elocuente entre todos? ¿Creerá acaso D. A. J. Irisarri, que un estado de cosas tan jeneral en todo un continente; defectos, pasiones, hábitos tan profundamente perversos, puedan facilmente destruirse con declamaciones, con argumentos filosóficos, y con la triste influencia que puede tener un periodico en un pais, donde, segun él, son tan pocos los que leen, tan pocos los que sienten, tan pocos los que estan inclinados al bien? ¿No seria mas natural y filosófico, buscar la causa íntima y verdadera de un estado tan horroroso, ántes de escribir para remediarlo? Y creerá D. A. J. Irisarri haber descubierto esta causa, ó por lo menos haberla indicado en sus escritos? Con todo, D. A. J. Irisarri cree que á estos males hay un remedio; y que, cualquiera que sea su causa verdadera, el estado infeliz de Sud América puede mejorarse. Oigamosle.

Segun él, *el único remedio* capaz de destruir los males arriba mencionados, es: *no consentir que los estúpidos y los malvados se hagan los directores de los negocios públicos.* Dedicaremos este artículo al examen de la importancia y valor de este remedio: procuraremos descubrir por cuales medios seria facil practicarlo; y en fin, echaremos la vista sobre los resultados probables de su aplicacion.

Mas, antes de empezar este exámen, quisiéramos saber de D. A. J. Irisarri, ¿a quién dirige él su consejo? de quién espera la aplicacion de su remedio? ¿Es el pueblo, en su modo de ver, que no debe *consentir que los estúpidos y malvados se hagan los directores de los negocios públicos?* ¿O deben ser los pocos que suelen dirigir al pueblo cuando trata de elegir los *directores de los negocios públicos*, que no deben consentir que lo haga en persona de los *estúpidos y malvados?* ¿O antes bien, su discurso se dirige á los actuales *directores* que, en su concepto, son siempre los que emplean y dirijen á aquellos pocos? En nuestro modo de ver ninguna de estas preguntas es tal que pueda obtener la afirmativa de D. A. J. Irisarri. Para él, el pueblo en Sud América no es libre: sus elejidos no son mas que los elejidos del poder. ¿A quién, pues, aconseja él el *único re-*

medio de nuestros males? A este mismo poder? ¿A los sábios que suelen dirigirlo? Aun esto nos parece que nó.

D. A. J. Irisarri, en nuestro modo de entenderlo, espera del pueblo, y á él solo propone y aconseja el uso de su remedio. Mas no nos parece posible, por todo lo que hemos dicho, que sus esperanzas se funden sobre el pueblo sujeto á la ley; sobre el pueblo que ejerce con arreglo á una Constitucion las altas funciones de la soberania; el pueblo pacifico, y dispuesto bajo la bandera del orden. El pueblo que segun él debe practicar el remedio aconsejado, á nuestro modo de ver, no puede ser mas que el pueblo de las revueltas; el pueblo que por un movimiento extraordinario, y con todos los medios que existen en su poder, suele dirigirse violentamente á los *directores estúpidos y malvados*, los arranca de su lugar, y coloca en él á otros que no lo sean.

Si no estamos equivocados, no puede ser otro el sentido del pasaje que estamos analizando; y sin embargo, apostariamos que no es lo que quiso expresar en él D. A. J. Irisarri. Porque en aquel caso, no hubiera citado y elojado, pocos renglones despues, el trozo de la ópera de Tocqueville, en que este escritor parece atribuir todas nuestras desgracias al espíritu revolucionario que reina entre nosotros; y tanto mas, nos confirmamos en aquella idea, cuanto mas, asentando Tocqueville, como lo hace en su obra, que las continuas revoluciones en que vive la América del Sud no son provechosas en modo alguno a este pais, y que quizá *puede afirmarse que son su estado mas natural*, ¿no podia D. A. J. Irisarri que le citaba y llenaba de elojios, pensar de un modo opuesto al suyo, acerca del punto que forma la materia de aquella citacion, insinuando la necesidad de echar mano de una revolucion, para remediar los males producidos en él por las revoluciones mismas, y esforzandose con sus escritos de provocarlas, mientras no solo ecsistian ya, sino que constituian *su estado mas natural*.

D. A. J. Irisarri, aconseja y desea una nueva revolucion; mas ¿qué puede esperarse de una revolucion? No se han formado cien veces las mismas esperanzas? No se ha creido seguir cien veces un consejo útil, echando mano de este medio violento para mejorar el estado de la República, y cien veces sufrido nuevos males, hecho nuevas pérdidas, recibido de la esperiencia nuevas cruelísimas lecciones? Que pueda ocurrir á un espíritu vulgar la idea de que de una vez y confiandolo todo á la suerte, sea probable mudar de condicion, y de infeliz hacerse afortunado; lo concebimos: mas ¿un hombre sensato y de luces, pueda fundar sobre una base tan débil é incierta las esperanzas de la patria, y esperar de un desorden total y violento el principio de un orden nuevo, preferible al orden establecido; no podemos concebirlo.

A mas de esto: ¿es acaso el pueblo que hace en América las revoluciones? ¿No es mas exacto decir, que el pueblo no hace mas que presenciarlas, y pagar sus gastos? La vida política de este malhadado pais ¿es otra cosa sino un juego de pelota, en que los partidos se lanzan continuamente, el poder los unos á los otros, y no permiten nunca que quien lo tiene el último en la mano, pueda guardarlo largo tiempo?

B. L. se obstina en llamar *opinion* toda preocupacion popular. *La Inquisicion*, dice él, se apoyaba en la opinion universal que atribuia á la fuerza un derecho sagrado sobre la razon y la voluntad de los hombres. ¿Qué podrian hacer en esta materia Fernando V. y Felipe II. si no hubiesen encontrado á la España en posesion de estas máximas feroces? ¿Como habrian podido triunfar de un convencimiento contrario que se hubiera inspirado la nacion entera? ¿Toda la astucia de Fernando, toda la crueldad de Felipe tendrian el poder necesario para avasallar la inmensa masa de una opinion nacional? No: entonces ya se hallaba generalizado el dicho vulgar que ha llegado hasta nosotros como una sentencia de la sabiduria: á Rey é Inquisicion chiton. Ese chiton era la opinion universal sólamente establecida, desde aquel tiempo, [no se dude] y la que ha servido de fundamento y arrimo á la Inquisicion y al absolutismo. No es esto confundir las ideas y palabras mas comunes? Y ¿en qué diccionario ha podido encontrar B. L. la identidad de la definicion de la palabra *opinion* con la de la palabra *preocupacion*? Digamos entonces que es la *opinion* que hace adorar la desnudez de los Bramines; induce a los padres á prostituir sus hijas á los Fakires; impone á las mujeres del Madagascar que paren en ciertas horas, el deber de exponer sus criaturas á las bestias feroces; hace sacrificar tantas virgenes á los ídolos del imperio del Pegù; hace creer á un Bramino que es un crimen casarse con una doncella, y á las embarazadas parir antes de los treinta y cinco años; obliga en el reyno de Batimena á toda muger y aun á las mas nobles, so pena de la vida á entregarse al amor de cualquiera que las solicite; y hace respetar y conformarse con la mayor veneracion en tantas otras naciones, salvajes, bárbaras ó civilizadas que sean, á una infinidad de usos y practicas absurdas é inhumanas, que hacen tan poco honor á la especie humana. ¿Y qué resultará de esta confusion de ideas y de palabras? Resultará que no podrá entenderse á B. L., cuando venga á decirnos que es preciso que los gobiernos se dejen conducir por la opinion. Si es que cree que esta *opinion* les conduce ó arrastra á su pesar; en hora buena. Mas entonces ¿qué objeto pueden tener los discursos de los filosofos que hablan de la opinion á los gobiernos? ¿Pudieran estos hacer mas que ceder al torrente que los lleva?

Este modo de pensar de B. L.: el error en que él incurre confundiendo las ideas correspondientes á las dos palabras *opinion* y *preocupacion*, por cierto no es nuevo. Es un error de aquel tiempo, en que todavia no se habia formado aquella *opinion* verdadera, imponente y útil al mundo, de que hemos hablado en uno de nuestros artículos. De lo que entonces se llamaba *opinion*, y que algunos decoraban, con el titulo de *Reyna del universo*, tuvo que decir Voltaire: *Tanto es verdad que la opinion es la Reyna del universo que si la razon se presenta para contradecirla, ella la hace ahogar.* ¿Podria esto decirse de la *opinion* del siglo en que vivimos? Es pues incontestable que hablando de la *opinion*, en el dia de hoy, no se debe, ni se puede entender hablar de la *opinion* de la muchedumbre, que en todos tiempos ha sido y podrá ser preocupacion; sino de la opinion de los pocos sabios, que como ya lo hemos dicho en otro

po? Y no seria ya tiempo de terminar un espectáculo tan triste, y echar mano de trabajos mas útiles, y de ocupaciones menos costosas y de mas provecho, abandonando para siempre un ejercicio que es causa de tantos males? ¿Debia nunca pasar por la cabeza de un hombre de talento, de un ciudadano honrado, de un verdadero patriota, la idea de una revolucion?

No terminaremos este artículo sin notar una inadvertencia en el discurso que sigue en el suyo D. A. J. Irisarri; la que pudiera quizá excitar alguna duda acerca de la exactitud de su lójica. Tocqueville se espresa asi: *Al considerarla [á la América del Sud] en estado alternativo de miserias y alevosía, estoy inclinado á creer que para ella el despotismo seria un beneficio. Pero, ¿adonde voy á parar? nunca, nunca jamas podrán encontrarse juntas en mi pensamiento estas dos palabras.* ¿Qué contesta á esto D. A. J. Irisarri? *El despotismo, dice él, no falta en America. Hay por el contrario mas déspotas que en Turquía, en Egipto, en Rusia, en Asia y Africa. Hay déspotas en todas las clases: en los puestos supremos, en los inferiores y en los de ínfima clase. Está bien; sea como U. dice, aunque si fuese asi y todos fuesen déspotas, no hubiera déspota alguno, porque entonces no hubiera á quien despotizar. Mas, Tocqueville no quiere hablar, en el pasaje citado, de los varios despotismos que suele enjendrar la anarquia, que son infinitos, como infinitas son las cabezas de este monstruo. ¿Como hubiera podido afirmar aquel sábio é ilustrado escritor que tales despotismos y la anarquia que los produce, que él considera como el mayor de los males que aflijen la América, seria para ella un beneficio? Muy bien sabe D. Antonio José Irisarri de que especie de despotismo quiere hablar Tocqueville. Tocqueville no ha hablado de otro despotismo que de aquel de que habla Montesquieu, cuando dice, que la anarquia es mil veces peor que el despotismo. Tocqueville ha hablado del despotismo de un gobierno enérgico y fuerte, que sin duda es un gran mal cuando no procede de la nacion, y no sigue exactamente la linea que ella le indica, mas que segun Montesquieu es un mal mil veces menor que un gobierno que no es gobierno, en medio de una nacion que no es nacion, en una palabra, que la anarquia. De este solo despotismo decia Tocqueville que estaba inclinado á creer que para ella podia ser un beneficio. ¿Qué tiene que hacer la idea de Tocqueville con el modo de interpretarla de D. A. J. Irisarri? No es dar ocasion á que se diga que el objeto de la *Verdad Desnuda* no es hacer un partido á la verdad, contribuir á los progresos del pais, ilustrar cuestiones, y dar prueba evidente de amor á su patria, sino el vomitar injurias contra toda clase de empleados, excitar y alborotar mas el pais, aumentar el descontento, y preparar asi el campo, con nuevos y mas astutos servicios, á aquel despotismo de que se ha dicho que es mas sufrible que la anarquia, y que en fin vendria á ser una necesidad, si el pais no llegase nunca á organizarse? Y si esto se llegase á decir, ¿qué pudiera alegar para desmentirlo, el redactor de aquel papel?*

(Continuará.)

lugar, conocen el estado de un país, sus necesidades, las reformas de que es capaz, los medios para obtenerlas, y que están más al alcance de estos medios. Confesamos que este modo de ver la cuestión de que se trata, no favorece las revoluciones; y que no puede convenir á los que buscan continuamente pretextos, revistiéndolos con el título vago de *opinion*, para reanimar la anarquía: botar al suelo á cada rato los gobiernos, como los muchachos sus castillos de naipes; y sacar ventajas personales de las convulsiones de la sociedad, y del desorden del país. Para estos hombres la *opinion* de los gobiernos, debe ser la de las calles y los mercados: la que solo saben dictarles los imprudentes demagogos que no ven los peligros á los que ellos mismo se esponen. Mas esta *opinion* no es la de los hombres instruidos y sensatos; y no será nunca la *opinion* de los amigos verdaderos del pueblo.

DEL ORGULLO EN NUESTRO SIGLO.

Cuando después de haber considerado el estado de la sociedad, de las doctrinas, de las leyes y de las costumbres, se oye que ciertos hombres ensalzan osadamente este siglo que se les ha abandonado, como superior á todos los siglos, la ridiculez de esta idiota ó criminal admiración no es lo que más impresión causa: yo no sé qué especie de compasión mezclada de horror se apodera del alma al ver tan extraordinario exceso de orgullo: viénense á la memoria aquellas palabras que tanto penetraron en el corazón de nuestro primer padre: *Seréis como dioses*; y creemos ver á sus descendientes seducidos por sus deseos y cegados por sus crímenes, celebrar en la noche, con un estúpido regocijo, el cumplimiento de aquella promesa del jénio del mal.

Pero ¿en qué se fundan esas altivas pretensiones y ese soberbio desden de los tiempos anteriores? Oigo hablar de los *progresos de las luces*, como si hasta ahora el mundo hubiese estado sepultado en profundas tinieblas, y hubiese estado esperando seis mil años la voz poderosa que al cabo debía disiparlas. Ciertamente, si es así, la jeneración privilegiada, que presenciando esta gran escena, esta magnífica creación, ha visto nacer la aurora de la razón humana, esta jeneración indudablemente tiene derecho de vanagloriarse. Pero si al contrario, hubiese tomado la caída del sol por su salida, si sus supuestas luces no fuesen más que densas sombras, su razón un delirio febril ó una miserable demencia, sería preciso esponerla en este estado á la vista del público, aun cuando no fuese más que para enseñar á los hombres hasta qué punto la especie humana, puede precipitarse, cuando despreciando la antigua sabiduría, se separa de lo pasado, y solo quiere apoyarse en sí misma.

Concedamos desde luego á este siglo vano cuanto puede reclamar con justicia: se confiesa que en él se han cultivado las ciencias físicas con buen éxito. Es una cosa natural en estas ciencias que adelanten continuamente, porque es imposible que mirando continuamente los objetos materiales de que tratan, no se descubran siempre cosas en ellos que no se habían notado: para esto parece que bastan los sentidos. Añádense nuevas observaciones á las antiguas, y se está satisfecho

por que se ha caminado, sin que, no obstante, se esté más cerca del término. Las matemáticas han hecho progresos análogos: hánse inventado nuevas formulas, otras se han simplificado, se han resuelto problemas que todavía no lo habían sido. Sin embargo, debe convenirse que ninguna de estas últimas perfecciones, aunque muy positivas, puede compararse á los grandes descubrimientos que han ilustrado los siglos anteriores, á aquellos maravillosos esfuerzos del ingenio que repentinamente trasladan la ciencia más allá de todos los límites conocidos.

Sin la menor dificultad harémos igual confesión por lo que respecta á las artes y oficios, si se quiere dar alguna importancia á la gloria de teñir algunas telas con más solidez, è hilar mejor el algodón. Además cualesquiera que sean las ventajas de esta clase, de que podamos vanagloriarnos, nos parece que podemos pensar que la invención en las artes supone tanto ó más mérito y fuerza de ingenio que las últimas perfecciones que provienen naturalmente de ellas mismas más tarde, y no sé qué nombres podrían oponerse á los fundadores de las hermosas fábricas de León y de las manufacturas de los Gobelinos y de la Sabonería. (§) Tampoco es más claro que los ingenieros y arquitectos á quienes se debe el canal de Languedoc, (*) San Pedro de Roma, la fachada del Louvre, Versalles y sus jardines, hayan sido vencidos por ninguno de cuantos posteriormente han parecido.

Luego no hay motivo para celebrar tanto la superioridad de nuestro siglo en estos diversos jéneros. Así pues no se insiste en ello: se prefiere presentar títulos menos fáciles de verificar. Preténdese pues que la instrucción se halla más extendida que en otros tiempos: esto podría contestarse; es una cuestión que se halla muy distante de estar decidida, aun no tomando la palabra instrucción sino en un sentido muy limitado y exclusivo de los conocimientos morales, que son la verdadera instrucción del hombre. Sin embargo, quiero confesar que quizás hay más hombres que saben leer y escribir, lo que no aumenta mucho, según mi parecer, la *ilustración* jeneral; que en medio del trastorno de la sociedad, el pueblo ha oído hablar de una multitud de cosas que es incapaz de entender, y que más valdría que las ignorase: en una palabra, que hay más movimiento è inquietud en los espíritus. Cuando se tenía religión fija, se argumentaba menos de la religión; de los gobiernos lo mismo, cuando se vivía bajo un gobierno consistente y firme; de las leyes cuando eran invariables; de las costumbres cuando se respetaban; de la agricultura cuando las carestías eran menos frecuentes; del comercio cuando prosperaba; de los impuestos cuando no se pagaba más que el cuarto ó el quinto de lo que se ha tenido la felicidad de pagar después; de la educación cuando era libre y tan accesible al pobre como al rico. Pero de todos modos, acaso no era un gran mal, y me parece que hemos comprado caro la facilidad de hablar de todo. [Concluirá.]

[§] Las manufacturas de los Gobelinos y de la Savoneria son dos fábricas de tapices que disfrutaban de mucha fama.

[*] Comunica dicho canal del Océano al Mediterráneo atravesando el mediodio de la Francia.